

LA PIEDRA DE HACER SOPA

(Cuento Belga)

Érase que se era, un soldado que volvía de la guerra. Llegó a un pueblo, un día en que frío soplaba el viento, el cielo era plomizo.

El pobre soldado tenía hambre. Se detuvo ante una casa de las afueras y pidió algo para comer.

- No tenemos nada ni siquiera para nosotros -le dijeron, de modo que el soldado siguió su camino.

Se detuvo en la casa siguiente y volvió a pedir un mendrugo de pan.

- No tenemos ni para nosotros mismos - le volvieron a decir.

-¿Tienen acaso una olla? - preguntó el soldado.

- Sí, tenemos un gran caldero de hierro.

-¿Tienen un poco de agua? - siguió preguntando.

- Sí, de eso hay mucho - le contestaron.

- Llenen el caldero de agua y pónganlo en el fuego -dijo el soldado-, pues yo tengo una piedra para hacer sopa.

-¿Una piedra para hacer sopa? - preguntaron -. ¿Qué es eso?

- Pues es una piedra con la que se hace sopa -explicó el soldado. Todos se reunieron alrededor suyo, para ver la maravilla.

La dueña de casa llenó la gran olla con agua y la colgó sobre el fuego.

El soldado sacó una piedra de su bolsillo, una piedra que no parecía muy diferente de las que uno puede recoger en la calle, y la arrojó a la olla.

- Ahora, dejémosla hervir - dijo. De modo que todos se sentaron a esperar que el agua hirviera -.

Los vecinos curiosos se acercaron a mirar la receta del soldado.

- ¿Podrías darme un poquito de sal? -dijo el soldado.

- Por supuesto - dijo la mujer, y sacó la sal de un tarro. El soldado tomó un puñado lleno y lo puso dentro de la olla. Todos se sentaron de nuevo a esperar.

- Unas pocas zanahorias no vendrían mal en esta sopa - dijo el soldado con añoranza.

- ¡OH!, si es por eso, tenemos algunas - dijo la mujer, y sacándolas de debajo de un banquillo, donde el soldado las había visto, se las entregó.

De modo que pusieron las zanahorias en el caldero, y mientras éstas hervían, el soldado les contaba las aventuras que había corrido.

- Unas pocas papas vendrían muy bien, ¿no les parece? -dijo el soldado-. Espesarían un poquito la sopa.

- Tenemos algunas papas - dijo una de las vecinas - . Las traeré. - De modo que pelaron las papas y las pusieron en la olla y siguieron esperando que ésta hirviera.

- Mmmmm, está muy buena, una cebolla daría muy buen gusto - dijo el soldado.

- Corre a la casa del lado y pídele al vecino una cebolla, y dile que venga a ver esto - dijo el granjero a su hijo menor. El chico así lo hizo y volvió con tres cebollas. Mientras todos esperaban, siguieron contando chistes y narrando historias.

- . . . Y no he probado repollo desde que partí de casa de mi madre - decía el soldado.

- Corre a la huerta de nuestra casa y arranca un repollo - dijo otro lugareño a su mujer. Ella salió corriendo y volvió con un repollo, que agregaron al caldo.

- No tardará mucho - dijo el soldado.

- Sólo un poquito más - dijo la mujer, revolviendo el caldo con un gran cucharón.

En ese momento llegó un joven de la aldea. Había salido de caza y traía dos conejos.

- Justo lo que necesitamos para darle el toque final! - exclamó el soldado, y fue cosa de minutos que los conejos estuvieran limpios y cortados dentro de la olla.

- ¡Hum! - dijo el cazador que tenía hambre -. ¡Huele muy bien esta sopa!

- El viajero ha traído una piedra - le explicó el granjero a su hijo- y está preparando una sopa con ella.

Por fin la sopa estuvo lista, ya todos la encontraron muy rica. Hubo suficiente para todos.

- Es una sopa maravillosa - dijo el granjero.

- Es una piedra maravillosa -dijo su mujer.

- Lo es - dijo el soldado - y siempre les dará el mismo resultado si utilizan la receta que les he dado hoy.

De modo que terminaron la sopa. Y cuando el soldado se despidió, le regaló a la dueña de casa la piedra para pagarle su hospitalidad. La buena mujer se lo agradeció muchísimo.

- No es nada - dijo el soldado, y se fue de la casa sin su piedra.

Pero por fortuna, encontró otra justo antes de entrar al pueblo siguiente.